

Guadalupe,

su mamá y el esposo de su mamá

RODRIGO GARNICA

La mano grande y áspera, callosa incluso, se deslizaba sobre el vientre de Guadalupe chica una noche sí y otra tal vez. Reptaba hasta los senos de reciente formación, hacia los hombros finos; descendía por las piernas. La oscuridad de la recámara evitaba el rostro de sorpresa, la primera vez, de temor las siguientes. El silencio de la casa y el sueño hondo de Guadalupe grande permitía a la mano recorrer el cuerpo adolescente sin que un grito o la menor voz lo interrumpiera.

Los actos previos evitaban falla alguna: hacía dormir a Guadalupe grande con el té, en el té la pastilla, en la pastilla el sueño semejante a la anestesia. Él lo traía de la cocina –yo te lo preparo–. El terreno libre, la habitación de Guadalupe chica al lado, las luces apagadas, las bisagras de las puertas escurridas de aceite para evitar su protesta, los pasos contados, la certeza de la inconsciencia del posible guardián.

Una espera plena de incertidumbre porque si dices algo yo digo que tú me llamaste. O enveneno a tu mamá. O te doy unos buenos.

Cinco meses hacía que Guadalupe grande había aceptado reintentarlo. Si la viudez lo permitía, si ya iba para dos años, si era joven y guapa, le decían. Si su hija



John Mc Ghee

necesitaba un padre y el padre una familia. Una combinación ideal.

Antes de casarse, el dueño de la mano avanzó: un arreglo floral impecable, una orquídea, un oso de peluche. Para tu hijita, tan linda. Aquella serenata el 12 de diciembre por el día de las Guadalupe es para ti, pero no se lo digas a tu mamá; algún paseo, el susto por los juegos mecánicos, el abrazo protector. ¿Así abrazan los padres o los que van a serlo?, quiso averiguar Guadalupe chica, pero no preguntó. Su mano sobre mis piernas cuando mamá no llega aún y miramos la tele, ¿es la mano de alguien que será de la familia? ¿Mi cintura pequeña es para su brazo fuerte? ¿Y sus labios en mis mejillas cada vez más cerca de mis labios? ¿Mamá pensará que así debe ser? Guadalupe grande: sé buena con él, lo quiero mucho.

Un hombre con corbata hacía preguntas y promesas. Meses así, explicó Guadalupe chica. Las noches eran iguales. Ya sabía de memoria su cuento, tantas veces lo había dicho. Porque el hombre de la corbata le pidió: a mí dime la verdad. Y ella la decía. Un año así, comenzó a los dieciséis, siguió hasta los diecisiete

pero no quisiste hacerlo ¿verdad?

¿aquello?

no, esto

aquello no, esto sí

no, no quisiste hacerlo, así lo vas a decir. Te volveré a preguntar: ¿Quisiste hacerlo? ¿Verdad que no?

sí

no, no Guadalupe

lo volvería a hacer

es una oportunidad, dijo el hombre de la corbata. Ahora que revisarán tu caso por la mayoría de edad debes mostrar arrepentimiento

no me arrepiento

debes hacerlo

no me arrepiento. Lo volvería a hacer. Si se estuviera muriendo, iría con una pistola a rematarlo

no digas eso, Guadalupe, el señor de la corbata, te pueden dar una sentencia de adulto, sólo debes conmoverte al juez, que no sabías distinguir lo bueno de lo malo sí sé, lo volvería a hacer.

Tomaba su mano pequeña con su manaza velluda, la llevaba hasta el centro, más vellos, un objeto grande, estirado, como el que mostró la maestra de Biología que tienen los hombres entre las piernas.

pero nunca tuvo relaciones contigo, el hombre de la corbata, te examinaron

eso no importa

y el juez sospecha que te gustaba, nunca gritaste me daba miedo

además, Guadalupe, debes saber que nadie tiene el derecho de hacerse justicia por su propia mano

¿y cómo él sí hacía las cosas con su propia mano?

Solos –Guadalupe grande de viaje–, el hombre hizo planes para lo que consideró su legítima noche de bodas. La llevó al cine, se mostró cariñoso como nunca, le compró dulces, cumplió sus caprichos. De regreso a casa propuso bañarla; la enjabonó, le aplicó champú, usó una toalla grande para secarla; mi bebé, le dijo. La llevó a dormir a la recámara matrimonial. Dejó la luz prendida, no había riesgos, tomó la mano de ella para guiarla. Ella ofreció la izquierda porque la derecha voló con rapidez y sorpresa. ¿Por qué me pegas?, preguntó el hombre. La humedad primero, los siguientes golpes, el rojo encendido de la sangre arterial, los cuerpos desnudos en lucha, los movimientos que no se parecían a los del amor, despejaron sus dudas. La somnolencia siguiente volvió inútil cualquier explicación. La noche cerrada perduraría sin cambios.

El abogado habló con la madre: convénczala, es lo que más le conviene. Guadalupe grande lo intentó. Guadalupe chica no quiso cambiar su declaración: si se estuviera muriendo y sólo existiera yo para salvarlo, iría por una pistola para darle el tiro de gracia. ■